

NEW LEFT REVIEW 109

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2018

	ARTÍCULO	
SUSAN WATKINS	¿Qué feminismos?	7
	ENTREVISTA	
HERMAN DALY & BENJAMIN KUNKEL	Ecologías de escala	88
	ARTÍCULO	
EMILIE BICKERTON	Un nuevo <i>proletkino</i>	115
	CRÍTICA	
GEOFFREY INGHAM	Finanzas y poder	137
ALICE BAMFORD	El grabador de Bachelard	153
PETER MORGAN	Los mundos y las letras	163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Alexander Beecroft, *An Ecology of World Literature: From Antiquity to the Present Day*, Londres y Nueva York, Verso, 2015, 320 pp.

PETER MORGAN

MUNDOS Y LETRAS

Los nuevos estudios sobre literatura mundial publicados en la década de 1990 se enfrentaban al problema de cómo conceptualizar las estructuras que intermediaban entre la obra literaria individual y el cosmos literario, supuestamente ya planetario. Los departamentos de literatura comparada que se implantaron en las universidades estadounidenses a partir de 1945 habían funcionado implícitamente situando una literatura nacional, habitualmente europea, al lado de otra. ¿Era posible plantear relaciones estructurantes con un alcance más amplio y con un marco temporal más profundo que lo que planteaban estos modelos filológicos-nacionales? Los comentarios que Goethe hacía aquí y allá sobre la *Weltliteratur*, explorados por Sarah Lawall en una influyente publicación, *Reading World Literature* (1994) suministraron una piedra angular para la nueva dirección que adoptaba la disciplina. En su prólogo a la *Vida de Schiller*, de Carlyle (1830), Goethe apuntaba que, durante las guerras europeas de la era napoleónica, los europeos habían «asimilado muchas cosas extranjeras», lo que había despertado una conciencia de «necesidades espirituales hasta ese momento desconocidas». La literatura mundial del futuro, decía a sus jóvenes amanuenses, implicaría «un continuo intercambio de perspectivas entre los lectores de los diferentes países». En los primeros días de la era de la globalización, esa posibilidad parecía ofrecer una nueva base para los estudios literarios.

Una de las formas de aproximación, muy influyente, adaptaba el análisis de Immanuel Wallerstein del sistema-mundo, con su énfasis en las luchas por la hegemonía entre sistemas socioeconómicos de *longue durée*, constituidos regionalmente, estructurados en términos de núcleo, periferia, semiperiferia y zonas externas. En Italia, Franco Moretti proponía el género de la «épica moderna», secuenciada en una serie de obras a gran escala,

supranacionales –*Fausto*, *Moby Dick*, *El hombre sin atributos*, *Cien años de soledad*– consideradas como representaciones literarias del emergente sistema mundo capitalista (*Modern Epic*, 1994). Las «conjeturas» de Moretti sobre la literatura mundial sugerían que las rupturas de las formas literarias –de las estructuras narrativas de la novela, por ejemplo– podían tener como origen la adaptación de los géneros «núcleo» a las realidades sociales que operaban más allá de ellos. Desde Francia, *La república mundial de las letras*, de Pascale Casanova (1999), combinaba el núcleo y la periferia de Wallerstein con los conceptos de capital cultural y de campo competitivo, acuñados por Bourdieu, para describir una «república mundial» literaria con sus propias relaciones de dominación y subordinación, cuyos guardianes, en metrópolis como París, Londres o Nueva York, decidían a qué escritores de fuera, procedentes de las literaturas «menores», debería permitírseles el acceso, mediante la traducción, la publicación, las reseñas; contra este orden, los escritores rebeldes de las periferias sociales o geográficas, desarrollaban sus propias estrategias mediante la captura y el *détournement* de las formas.

Un segundo enfoque, más cercano en espíritu al cosmopolitismo de Goethe, conservaba la vieja idea de un canon de «obras maestras mundiales», que requerían una lectura atenta, pero lo ampliaba para incluir una amplia muestra de formas marginales y subalternas. Desde puntos de vista divergentes, estudiosos como David Damrosch, Gayatri Spivak, Emily Apter y Djelal Kadir exploraban y problematizaban lo que les ocurría a las obras literarias cuando se transportaban, como lo expresaba Damrosch en *What Is World Literature?* (2003), de su contexto cultural original hasta el mundo en general. Según esta perspectiva, la literatura mundial era también un modo de lectura –«un compromiso imparcial con mundos que están más allá del nuestro»–, que se abría sobre vastísimas regiones de espacio y tiempo. El problema de cómo conceptualizar las estructuras que intermediaban entre el mundo y la obra seguía presente en este enfoque, puesto que, tal y como insistía Spivak, la lectura atenta exigía un conocimiento tal de la cultura que había dado origen a la obra y de su marco de referencia que podría conducirnos de vuelta a un estudio, si no de las literaturas nacionales, sí de las regionales.

¿Es posible hacer la cuadratura de estos círculos mediante un marco conceptual que pueda englobar tanto la totalidad de las obras de literatura en todos los idiomas y de todos los tiempos, desde Gilgamesh hasta el presente (Damrosch); la literatura del mundo contemporáneo bajo las condiciones de la globalización económica (examinada críticamente por Spivak, Apter, Kadir); y los sistema-mundo históricos –antiguo, medieval, moderno– dentro de los cuales se ha producido la literatura (Moretti, Casanova)? Las ambiciones de *An Ecology of World Literature: From Antiquity to the Present Day*, de Alexander Beecroft, no abarcan tanto, pero sí son formidables. El paisaje temporal de la obra recorre desde el 2600 a. C. con las primeras inscripciones sumerias

y acadias, hasta la era de la globalización; su abanico geocultural abarca las civilizaciones maya y védica, así como la antigua China y la Grecia arcaica. Beecroft, de nacionalidad canadiense, defendió en Harvard su tesis doctoral, que le proporcionó el material de su primer libro, *Authorship and Cultural Identity in Early Greece and China* (2010). Aquí aporta al tema su enorme familiaridad tanto con la literatura griega como con la china. El aporte complementario de *The Language of the Gods in the World of Men*, de Sheldon Pollock (2006), que trata sobre la cultura sánscrita, suministra al libro un enorme alcance comparativo, que abarca desde la antigua Esparta hasta el periodo de los Reinos Combatientes chinos, desde Java hasta Afganistán.

El objetivo de Beecroft, dicho de manera más concisa, es identificar las unidades geoculturales relevantes mediante las cuales puedan definirse las literaturas y sus lenguajes. La ecología le proporciona la metáfora rectora, entendida esta como las «interacciones entre las diferentes formas de vida que existen en una región concreta», así como sus interacciones con el entorno no vivo. Mientras que las concepciones derivadas de la teoría económica reducen los *inputs* a un sistema de equivalencias expresadas en términos de valor, argumenta Beecroft, la ecología insiste en la naturaleza distintiva y mutuamente interactiva de las diversas contribuciones, de tal modo que los cambios en el entorno externo pueden tener «impactos complejos y cambiantes» sobre las especies de un hábitat en particular. De manera más específica, Beecroft nos propone pensar en términos de «patrones particulares de limitaciones ecológicas, que operan sobre la circulación de los textos literarios en una variedad de contextos históricos diferentes». Los factores principales que determinarían la formación de dichas ecologías incluirían el estatus del lenguaje literario (si es o no es el idioma que se habla habitualmente en la región); las estructuras políticas y económicas operativas (¿la comunidad tribal, el imperio-mundo, el Estado-nación?); el papel de la religión; las políticas culturales, incluyendo las estructuras de retribución; y las tecnologías de distribución. La literatura en general se define aquí, de una manera expansiva, como «todo aquel uso del lenguaje estéticamente consciente de sí mismo», o, en otro momento, como «una categoría marcada de expresión literaria», diferente del uso no marcado del lenguaje en la vida cotidiana. Al mismo tiempo «una literatura» se perfila mediante las prácticas interpretativas que vinculan algunos textos –por su lengua, su forma de gobierno, su género, su influencia– a la vez que excluye otros.

A partir de estas hipótesis, Beecroft identifica seis ecologías literarias –elementos de una tipología no exhaustiva, empíricamente formada y no tanto un sistema total, subraya el autor–, que se examinan en el orden de su emergencia histórica. Primero aparecen las ecologías literarias de las pequeñas comunidades, típicas de las sociedades primitivas, como las ciudades-Estado de la antigua Grecia o China, en torno al año 500 a. C., pero

también presentes en los pueblos tribales. Beecroft las califica de «epicóricas», es decir, «de la localidad», a partir de la palabra griega *khôros* (lugar). Ejemplos de esta literatura son la poesía lírica de Esparta, las *Elegías de Chu* chinas, el canto *kungax* del pueblo wet'suwet'en de la Columbia británica, o los rituales de la tribu sentinelese de las islas Andamán; la ejecución y el consumo de estas formas implican interacciones específicas entre los ejecutantes, el público y el lugar, y estas interacciones son lo que constituye esta literatura como epicórica. En su acepción más extrema, apunta Beecroft, la cultura epicórica ideal no tendría ningún contacto con ninguna otra cultura, pero, «puesto que no conocemos ninguna cultura que haya estado tan aislada, las lecturas epicóricas de los textos implican necesariamente alguna modalidad de “olvido” de las conexiones culturales más amplias». De igual manera, una literatura epicórica podría emplearse como complemento dentro de un sistema cultural mayor, para representar el «localismo».

El siguiente nivel de complejidad es la ecología de la literatura pancórica, en la que el acto político de reunir las literaturas de las localidades, típicamente para establecer una ideología de la identidad compartida, crea un nuevo objeto cultural. El artificio clave aquí es el catálogo, como el «Catálogo de las naves» de la *Ilíada*, o la colección de las «Canciones de los estados», del *Libro de los cantos* del confucianismo. Estas compilaciones crean un todo que no solamente es mayor que la suma de sus partes, sino «una entidad radicalmente distinta». La ecología de la literatura pancórica se define también por sus «mitos fundacionales» —la guerra de Troya, la conquista Zhou de la dinastía Shang— homenajeados en sus grandes obras que, como las épicas homéricas o el canon confuciano, son a su vez recopilaciones de fragmentos. Aunque los paradigmas aquí son los espacios culturales panhelénico y panhuaxiano, Beecroft localiza prácticas pancóricas similares en las odas árabes preislámicas del Mu'allaqat y en las obras mayas y védicas: asistimos a la combinación de las tradiciones epicóricas, despojadas de su particularidad, para crear un «sentido emergente de unidad cultural» a lo largo y ancho de un mundo poblado de formas de gobierno pequeñas y competitivas.

En una ecología cosmopolita, el tercer tipo de Beecroft, un lenguaje literario se expande a lo largo de un vasto espacio transcultural, translingüístico y transpolítico. Aunque los primeros ejemplos fueron sumerios y acadios (este último idioma fue empleado como lenguaje académico en Mesopotamia durante casi un milenio con posterioridad a la caída del imperio acadio alrededor del 2154 a. C.), los principales ejemplos son las lenguas clásicas china, griega, sánscrita, latina, persa moderna y árabe. Si bien Beecroft señala que su expansión se apoyaba habitualmente en el uso imperial de la fuerza, defiende que su estatus como lenguas literarias cosmopolitas reside en su persistencia mucho después de que el imperio que las había establecido se derrumbara, y de su prolongación más allá de las

fronteras de ese imperio. Por lo tanto, aunque el estilo cosmopolita del sánscrito «cristalizara» bajo la dinastía Gupta –el término procede de *Language of the Gods*, de Pollock– se expandió más allá de los confines del poder de esta y sobrevivió mucho tiempo a esa dinastía real concreta. El griego conservó su estatus durante muchos siglos después de las conquistas romanas del siglo II a. C. El latín era aún una lengua literaria importante en la Europa del siglo XVII, el sánscrito y el persa moderno sobrevivieron hasta el siglo XVIII, el chino clásico hasta el siglo XX, el árabe hasta nuestros días.

Fue en gran medida en los márgenes de estas ecologías cosmopolitas donde empezaron a emerger las literaturas vernáculas, en torno al siglo VIII d. C., mucho antes del advenimiento de los Estados-nación: los textos en irlandés antiguo y en anglosajón en la periferia del mundo latino; el japonés, en la cosmópolis del chino clásico; el javanés, el jemer, el canarés y el tamil en el contexto sánscrito, aunque Beecroft rastrea sus primeras apariciones en los escritos en hitita y ugarítico de la Edad de Bronce. Las literaturas vernáculas excavan sus propios nichos ecológicos, como reacción a la literatura cosmopolita establecida, una vez que se hayan acumulado «suficientes recursos culturales» en un idioma que se habla localmente como para que este sea capaz de ser utilizado para fines literarios. Pero las condiciones políticas son también importantes. Como señala Beecroft, las dos regiones que fueron más lentas a la hora de desarrollar literaturas vernáculas, China y el mundo árabe, fueron las dos áreas que gozaron de una mayor paz y prosperidad, y también, durante esta era, ambas estaban comprendidas dentro de un único imperio-mundo, el imperio Tang y el califato Abasida. Por el contrario, tanto Europa como el sur de Asia, en la última parte del primer milenio de nuestra era, se dividieron en entidades políticas mucho más pequeñas, después de haber pasado los siglos anteriores bajo el mando unificado de los imperios romano y Gupta. (La explicación que ofrece Beecroft para justificar la supervivencia del árabe mucho después de que entrara en el mundo de los Estado-nación competitivos, sugiere, de forma tentativa, que las ventajas de la lengua cosmopolita –la autoridad del Corán, la continuidad con el pasado, la fuerza numérica ante las presiones de la occidentalización– superaban claramente a las del uso de las lenguas vernáculas: facilidad de aprendizaje, solidaridad nacional). Sin embargo, Beecroft caracteriza el equilibrio que gobernaba la emergencia de las ecologías vernáculas como «una elección estética, con potencial para las implicaciones políticas». Dos tropos ejemplifican estos temas: los esfuerzos proselitistas de los manifiestos literarios –la *Razós de trobar*, del occitano Ramón Vidal (ca. 1210), por ejemplo, o la obra inacabada de Dante, *De vulgare eloquentia* (1305)– y la recopilación de obras que emulan la tradición cosmopolita, como la antología de poesía japonesa que imita las convenciones chinas, empezando con el *Man'yōshū*, o «colección de la miríada de hojas» (ca. 759).

An Ecology of World Literature traza una clara distinción entre estas literaturas vernáculas prenacionales y las literaturas *nacionales*. Aunque las primeras surgían con frecuencia en los contextos de las cortes específicas y, por lo tanto, estaban implicadas en redes políticas, muy pocas veces se asimilaban a la «homología de pueblo-lengua-nación-Estado», que era el objetivo de la producción literaria nacional. Las literaturas vernáculas coexistían con las antiguas lenguas literarias cosmopolitas; el surgimiento de una literatura nacional señala la entrada en la modernidad, caracterizada por una ruptura consciente con los antecedentes cosmopolitas. Beecroft rastrea variaciones de esta «Querrela de los antiguos y los modernos» desde Italia y Francia en el siglo XVII hasta el movimiento chino del 4 de mayo de 1919, citando a este respecto extensos pasajes del ensayo fundamental de Hu Shih «A Tentative Discussion of Literary Reform», publicado en 1917 en la revista *Nueva juventud*. Si no se hubiera impedido el desarrollo de un estilo de escritura vernácula en la época Ming, defendía Hu Shih, «en China podría haberse desarrollado una literatura viva y los logros de un Dante o un Lutero habrían tenido lugar en nuestra tierra». Defendía tercamente que «usar palabras muertas de hace tres mil años no es tan bueno como usar palabras vivas del siglo XX».

La definición que ofrece Beecroft de una literatura nacional es «aquella que lee e interpreta los textos a través de las lentes del Estado-nación». Esta ecología, señala, se extiende por todos los rincones del globo bajo el ímpetu y en reacción al imperialismo europeo. No nos ofrece un relato detallado de este proceso, se limita a mencionar brevemente la *Nahda*, el renacimiento árabe del siglo XIX; la influencia de las formas literarias occidentales sobre la generación de intelectuales chinos contemporánea de Hu Shih y el impacto del régimen británico sobre el subcontinente indio, incluyendo la segmentación del indostaní en hindi y urdu como consecuencia de la Partición. India es uno de los pocos ejemplos (Yugoslavia habría podido ser otro) de un lugar donde múltiples registros literario-lingüísticos –hindi, inglés, los idiomas regionales– «coexistían bajo alguna forma de distribución complementaria». El sistema-mundo producido por la desigualdad de las literaturas y de los idiomas nacionales equivale a esa especie de jerarquía que señalaban Casanova y Moretti: en primer lugar, las «grandes» literaturas europeas y la de las colonias que poblaron, especialmente aquellas lo bastante grandes como para hacer sombra a sus antecedentes metropolitanos (inglés, español, portugués), seguidas de las literaturas poscoloniales en los idiomas europeos, después de un puñado de literaturas no europeas (china, japonesa, árabe) y, finalmente, de las literaturas en lenguas más minoritarias no europeas, que el sistema-mundo apenas es capaz de percibir en absoluto.

Mientras que las estructuras institucionales de las ecologías de las literaturas nacionales –currículum escolar, editoriales, revistas, antologías

literarias— siguen estando muy presentes entre nosotros, hay atisbos de una emergente ecología literaria global. Beecroft resume dos posibles líneas de desarrollo. En la primera, una cultura literaria cada vez más homogénea se impone, expresada en el «inglés global» descontextualizado, el legado combinado del colonialismo británico y el capitalismo estadounidense. El modelo que sigue aquí es el del sociólogo holandés Abram de Swann: los siete mil idiomas del mundo se ordenan según sus interconexiones, en «periféricos» ,el 98 por 100 del total, pero hablados únicamente por el 10 por 100 de la población mundial, «centrales» (ciento cincuenta idiomas), «supercentrales» (doce idiomas) y el hipercentral, el inglés. Si bien los fenómenos políticos han sido los principales determinantes a la hora de moldear las ecologías literarias anteriores, aquí el mercado asume el papel principal. Las disparidades entre las literaturas de lenguas particulares dependen ahora de la cantidad de su producción, de la renta media de los hablantes de ese idioma, de la potencia de sus sistemas de edición y distribución. Aunque aún hay un comercio bastante activo de textos traducidos entre los distintos idiomas europeos, sus semejantes no europeos siguen aún en buena medida excluidos del sistema literario global. La presión del mercado genera novelas pulidas, exentas de argot o ambigüedad, con el fin de facilitar y animar a su traducción y consumo en el extranjero. El precio de alcanzar una literatura planetaria en estas condiciones podría suponer una pérdida gravísima de diversidad: una dependencia monocultural en un determinado tipo de literatura hace peligrar la «continuada vitalidad de la literatura como un medio de expresión creativa», más alarmante aún si tenemos en cuenta la escala masiva en la que operaría.

Un escenario alternativo, mucho más preferible, contempla una ecología abierta mediante, entre otras cosas, el apoyo estatal para los idiomas regionales y minoritarios y el uso de las nuevas tecnologías para disminuir los costes de la entrada en el mercado mundial. *An Ecology of World Literature* reconoce que la realidad económica favorece la homogeneización. Sin embargo, Beecroft señala que las reacciones en contra de este veredicto ya han empezado a generar innovaciones en la forma. El recurso narrativo del *entrelacement*, el entrelazado de los relatos de diversos narradores, puede, en este sentido, considerarse como una proyección de la «interconectividad paranoica de la vida en una época globalizada», expandida al nivel del planeta mismo. Beecroft pone como ejemplos paradigmáticos *2666*, de Roberto Bolaño, la trilogía *Ibis*, de Amitav Ghosh y las películas *Traffic* y *Babel*, dirigidas por Steven Soderbergh y Alejandro González Iñárritu respectivamente. Las literaturas epicóricas no desaparecieron con la llegada de las pancóricas; las literaturas cosmopolitas fueron la condición para la emergencia de las vernáculas. Dos tendencias coexisten en los escritores, en los textos y en la literatura, concluye Beecroft: el deseo de ser leído lo más ampliamente

posible, a lo largo del tiempo y del espacio, y el deseo de hablar en nombre de una comunidad y para una comunidad receptiva. Cuando escribía en su toscano natal, más que en latín, Dante se dirigía a un público geográficamente más restringido; pero también elegía hablar a una sección más honda y más amplia de su propia comunidad lingüística.

An Ecology of World Literature es una notable hazaña de erudición sintética, que se extiende a lo largo de un lapso impresionante de tiempo y espacio. Pero, más allá de esto, Beecroft propone un marco de referencia para entender la literatura mundial como un campo de estudio coherente, no como un sistema-mundo unificado en el sentido de Wallerstein, sino como una estructura completa ideal-típica, capaz de admitir las múltiples formas de la potencia cultural en acción a lo largo de la historia humana. Su tipología permite una comparación sistemática sin necesidad de la construcción de un canon implícito o de un sesgo eurocéntrico, poscolonial u orientalista. Su perspectiva no está guiada por una única forma cultural de gobierno, como la nación, o por una forma literaria, como la novela. Es lo bastante flexible como para señalar los principales rasgos determinantes de cualquier obra literaria dada, o de cualquier cuerpo de obras, en términos de su localización geocultural en el tiempo y en el espacio, a la vez que proporciona un marco de referencia para comparar los elementos comunes que atraviesan las diferentes literaturas situadas en estadios similares de desarrollo «ecológico».

En su introducción, Beecroft propone la metáfora del bioma, una unidad más pequeña que la ecozona, esta última generalmente identificada como una de las ocho regiones geográficas del mundo. Por el contrario, un bioma es un hábitat medioambiental reconocible, cuya combinación de clima, paisaje, vida vegetal y animal puede encontrarse en diversas ecozonas. El bioma «mediterráneo», por ejemplo, puede encontrarse en los otros cuatro continentes, en California, en el suroeste de Australia, en Chile y en Sudáfrica. Las ecologías literarias que identifica, desde la epicórica hasta la cosmopolita, desde la pancórica hasta la vernácula, son claramente de este tipo, puesto que suceden a lo largo de regiones «civilizatorias». Al reemplazar el modelo histórico de la emergencia de un «mercado» literario por una tipología sistemática de hábitats, Beecroft crea una estructura comparativa flexible con la que describir la naturaleza de cualquier entorno literario dado, desde el más sencillo al más complejo. En teoría, el modelo ecológico proporciona un conjunto mutuamente interactivo de determinantes, o «contribuciones», a diferencia de las tendencias homogeneizadoras de los modelos o de las metáforas económicas. También permite la posibilidad conceptual de que un texto exista en múltiples entornos. Una poesía lírica espartana, que elogia las proezas marciales de un joven o la belleza de una muchacha, tendrá una lectura epicórica en términos de su público y su localidad original, pero

una lectura pancórica si se representa junto con poemas atenienses en un festival panhelénico; también podría leerse como un texto temprano perteneciente a la literatura nacional griega, o a la cosmópolis griega, o traducirse a un inglés global.

A este respecto, por lo tanto, *An Ecology of World Literature* corta el nudo gordiano. Apartándose de la batalla entre los sistematizadores y los lectores atentos, pretende proporcionar un modelo relativamente sencillo y objetivo que pueda reconocer ambos extremos del debate. A la vez que se muestra inclusividad ante las literaturas del mundo —el tema que en especial defiende Spivak— también ofrece descriptores adecuadamente disciplinares para un amplio abanico de comunidades humanas, incluyendo las sociedades agrarias primitivas, y no únicamente para aquellas pertenecientes al moderno sistema-mundo capitalista. Es inevitable que algunas cosas se pierdan por el camino. Aquí no se intentan hacer las lecturas atentas de los procesos de traducción que proporciona, por ejemplo, Damrosch. Las condiciones de la producción literaria, por oposición a su consumo, también salen del marco. El interés de Moretti por la inventiva formal de los escritores de la periferia, o la investigación de Casanova sobre las estrategias subversivas a disposición de las figuras marginales, no encuentra aquí eco. Como ocurre con cualquier constructo ideal-típico, el valor del modelo debería radicar en la tensión entre la teoría y el fenómeno, entre la descripción «gruesa» de los factores ambientales y las manifestaciones de la obra individual. Aquí, no obstante, la promesa del «bioma» —la perspectiva de investigar las interacciones mutuas de los determinantes lingüísticos, políticos, económicos, religiosos, culturales y tecnológicos que operan en una literatura en particular, de una forma comparable, a lo largo de las diferentes «ecozonas»— queda incumplida. En su mayor parte, los únicos «factores» que se tienen en cuenta son el lenguaje literario y la forma de gobierno. Las obras mismas aparecen como ejemplos puramente formales y desaparecen de la vista casi por completo durante el examen de las ecologías literarias cosmopolitas y nacionales.

Se podrían plantear aún más cuestiones sobre las relaciones entre «bioma» y «ecozona», según la concepción de Beecroft. Los biomas son el objeto claro de su atención: cómo ocurren los cambios en el nivel macro es algo que está menos claramente delineado en su estudio. ¿Cómo interactúan a mayor escala las ecozonas entre sí, mientras que se desarrollan a lo largo del tiempo? ¿Necesitamos ese concepto o simplemente podríamos trabajar con una tipología de biomas y librarnos de las problemáticas nociones de ecozonas y civilizaciones? Hasta cierto punto, Beecroft se anticipa a esta pregunta con sus conceptualizaciones de la ecología literaria global del futuro en la cual las diferencias nacionales son reemplazadas por un entorno literario de circulación y traducción mundial. Todos y cada uno de los textos, tanto del pasado como del presente, se decodifican y recodifican mediante

los mecanismos de la industria editorial global –traducción, comercialización, distribución– de tal forma que se vuelven accesibles en todo lugar. En este contexto, solo aquellas literaturas lo bastante grandes como «para generar beneficios en el idioma original –y es posible que solamente el inglés pueda estar absolutamente seguro de tener ese estatus– podrán conservar ecologías literarias que alumbren obras ricas y complejas, profundamente comprometidas con las circunstancias locales y con el pasado literario local, así como con lo contemporáneo y lo universal». En este plano, por lo tanto, el compromiso con lo macro –«ecozonas», imperios, civilizaciones– se vuelve inevitable, pero también podrían conceptualizarse como generadores culturales complejos en lugar de como bloques inamovibles. Una investigación de sus dinámicas contribuiría a enmarcar los cambios en el extraordinario abanico de culturas literarias que documenta Beecroft.